

Sea María tu fortaleza y consuelo

Fernando Torre, msp.

«Ahí tienes a tu madre», le dijo Jesús –crucificado y agonizante– al discípulo a quien amaba (Jn 19,27). Más que ser un gesto cariñoso de un hijo para no dejar sola a su madre, es un acto de paternidad responsable de Jesús para no dejar solos a sus hijos, *a nosotros*.

Concepción Cabrera le dice a su hija religiosa: «Sea [... María] tu estrella, tu consuelo, tu maestra, tu modelo, tu fortaleza, tu Madre amorosa, que te cobije bajo su manto, que te consuele con sus besos, que te sostenga con su ejemplo, ¡que te despose, por fin, con su Hijo santísimo! En tus tentaciones, ¡mírala!; en tus alegrías, ¡convídala!; en tus martirios, ¡abrázala! Ella es Madre, y ese título encierra lo más grande que puede existir, por más que no se comprenda. Camina asida de su mano, descansa en su regazo, y ella te acariciará, te consolará, te calentará, dándote abrigo, alimento, fuerzas, consejo, ¡vida!»¹

María es nuestra madre. Lejos de ser una madre sobreprotectora que infantiliza a sus hijos, es una madre que nos impulsa al seguimiento de Jesucristo, a la fraternidad, a la misión y al martirio, tal como lo hizo con los primeros cristianos en tiempos en que eran una minoría perseguida.

“Fortaleza/fuerza” y “consuelo” son términos que se repiten en las palabras que Concepción le dirige a Teresa de María. Necesitamos fortaleza pues somos débiles; necesitamos fortaleza para enfrentar las luchas, las tentaciones, los martirios; necesitamos fortaleza para mantenernos firmes y seguir adelante. Buscamos consuelo, cuando nos calcina el sufrimiento o nos abruma el peso de la tristeza.

Fortaleza y consuelo son dones que el Espíritu Santo quiere comunicarte por medio de la Virgen María. Por eso, mírala, convídala, abrázala, camina asida/o de su mano, descansa en su regazo.

¹ Carta escrita el 19 abril 1908, en *Cartas a Teresa de María*, México 1989, 17.